

Juan Manuel Olarieta Alberdi

□ Es bastante común identificar al marxismo con una especie de “determinismo económico”, como si la historia fuera un carro empujado por un par de mulas llamadas “fuerzas productivas” y “relaciones de producción”, respectivamente. A veces, esa caricatura se presenta en forma de edificio en donde la planta baja la ocupa la economía y el piso superior es una superestructura, es decir, todo lo demás. Casi nada.

En cualquier caso, los marxistas siempre damos la impresión de otorgar alguna clase de preferencia a la economía, por encima de cualquier otra actividad humana. Por fin, la economía parece ser una colección de cifras y porcentajes relativos a conceptos poco menos que cabalísticos, tales como producto interior bruto, inflación o balanza de pagos.

Si eso es así, si la explicación de los fenómenos históricos se pretende hacer depender de tales variables, me borraré inmediatamente de las filas del marxismo. No digo que eso sea una simplificación del marxismo, sino que el marxismo es totalmente ajeno a esa clase de “explicaciones”.

En primer lugar, el marxismo no sólo no diferencia la economía de las demás actividades humanas, sino que habla explícitamente de “economía política”, siguiendo una larga tradición científica que sólo la burguesía ha intentado eliminar. Esa expresión no destaca sólo la unidad entre economía y la política, sino que quiere decir, además, que la economía está igualmente unida a cualquier otra actividad humana de manera indisoluble.

PRIMACÍA DE LA PRÁCTICA

